

ticular veneracion, y la llevó al Capitolio, donde la consagró con la inscripeion siguiente:

A MINERVA, CONSERVADORA DE ROMA.

Despues, sirviéndole sus amigos de escolta, salió de la ciudad á eso de media noche y atravesó á pié la Lucania.

Puede seguirse su itinerario por sus cartas: el 3 de Abril escribe á Atico desde el país de Brutium; el 8 al mismo desde las costas de la Lucania; hácia el 12 al mismo dirigiéndose á Bríndis; el 18 al mismo desde el país de Tarento; el 30 á su mujer, á su jijo y á su hija desde Bríndis; y en fin, el 29 de Mayo á Atico desde Tesalónica.

Apenas se supo su fuga, obtuvo Clodio un decreto de destierro contra él, publicandó al mismo tiempo un edicto que prohibia á todo ciudadano darle agua y fuego ó recibirlo bajo su techo á quinientas millas de la frontera de Italia.

Apenas habian trascurrido doce años desde que habia exclamado orgullosamente:—*Las armas ceden ante la toga, y los laureles de los combates ante los trofeos de la palabra.*

Sin embargo, vencedor de Catilina, no maldigas á los dioses por tu destierro; no será esa tu mayor desgracia; tu peor enemigo no será Clodio.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

LOS GRANDES HOMBRES

EN BATA

POR

ALEJANDRO DUMAS

CESAR

TOMO II

Edicion del Monitor.



MEXICO

Imprenta de V. G. Torres, á cargo de M. Escudero
CALLE DE SAN JUAN DE LETRAN NUM. 3

1870

LOS
GRANDES HOMBRRES

ALFONSO DE MORA

ESABA

TOMO II



ARXICO

Esta obra es propiedad de la Biblioteca Nacional de España y no puede ser reproducida sin el consentimiento expreso de la misma. Se permite la impresión de este libro en el extranjero con el consentimiento de la Biblioteca Nacional de España.

I

César había permanecido tranquilo durante aquella contienda sin tomar partido ostensible por Clodio ni por Ciceron, dejando que los acontecimientos siguieran su curso.

Echando los ojos sobre Roma hé aquí lo que veía: una ciudad entregada á la mas completa anarquía y un pueblo que no sabia en quien fijarse.

Pompeyo era una gran gloria, pero mas aristocrático que popular; Caton una gran reputacion, pero mas admirado que querido; Craso una gran fortuna, pero mas envidiado que honrado; Clodio una gran audacia, pero mas brillante que sólido; Ciceron, Bibulo y Lúculo estaban gastados; Cátulo habia muerto.

Verdad es que era el hombre mas libertino de Roma, y aun eso despues de Clodio. Ahora bien, no

habia dicho que preferia ser el primero en una pequeña aldea al segundo en la capital del mundo?

Sus últimas combinaciones políticas no habian sido felices, y en sus resultados se habia mostrado inferior á Clodio.

El día que Pompeyo, en la embriaguez de su primer noche de bodas, le habia hecho dar el gobierno de la Galia Trasalpina y de la Iliria, con cuatro legiones, hasta el mismo pueblo habia hecho gran oposicion á aquel decreto.

Al frente de los opositores se habia puesto Caton.

César habia querido intimidar la resistencia atacando á su gefe y habia hecho arrestar y llevar preso á Caton. Pero aquella brutalidad habia producido tan poco efecto que tuvo que mandar á uno de sus tribunos, que sacase al cuestor de manos de sus lictores.

Otro día el tribuno Curion, hijo del anciano del mismo nombre, le hace una oposicion bastante seria. En seguida se le suscita un delator, Vetio. Este acusa á Curion, á Pesello, á Cepion, á Bruto y á Léntulo, el hijo del flaminio, de haber querido asesinar á Pompeyo. Bibulo habia entregado al efecto á Vetio un puñal, como si esa arma fuese una cosa tan difícil de encontrar en Roma, que Bibulo hubiese tenido que proporcionársela.

Vetio fué silbado y preso. Al día siguiente se le

halló estrangulado en la prision, tan á tiempo para César que, á la verdad, si no fuera una de las cosas que se le echaban en cara el ser demasiado humano, se hubiera podido creer que no habia sido extraño á aquel suicidio.

Bueno era, pues, de todos modos alejarse y retirarse á aquel magnífico proconsulado cuyas fronteras no estaban mas que á cincuenta leguas de Roma.

Ademas, ne hay tiempo que perder; en el momento en que se dispone á partir, un tribuno está á punto de denunciarlo.

“Ah! dice Michelet, hubiera querido ver entonces aquel blanco y pálido rostro, ajado antes de tiempo por las orgías de Roma; aquel hombre delicado y epiléptico marchando bajo las lluvias de la Galia al frente de sus legiones, atravesando nuestros rios á nado, ó bien á caballo entre las literas en que iban sus secretarios, á los cuales dictaba cuatro y seis comunicaciones á la vez; removiéndolo á Roma desde el fondo de la Bélgica, esterminando á su paso dos millones de hombres y domando en diez años la Galia, el Rhin y el Océano del Norte.”

Sí, hubiera sido una cosa curiosa, pues César no prometia nada de eso.

¿Quereis saber cómo antes de partir lo trata en sus versos Cátulo, el amante de la hermana de Clodio, la mujer de Metelo Celer, á la cual llamaba su

Lesbia, en recuerdo de los desórdenes de la lesbiana Safo? Pues leed sus composiciones tituladas: *In Caesarem*, *In Caesaris Cincedos* é *In Mamurram et Caesarem*. (1)

Por lo que hace á los cuerpos del Estado, la cosa era peor aún; desde la absolucion de Clodio el Senado estaba envilecido; desde la fuga de Ciceron los caballeros estaban deshonorados.

César comprendió que era ya tiempo de salir de Roma.

¿Qué rivales dejaba allí? Craso, Pompeyo y Clodio.

Caton era un nombre, un ruido, un rumor, pero no una rivalidad.

Craso solicitaba el mando de la guerra contra los Partos. Iba á obtenerlo y partiria, á la edad de sesenta años, á una expedicion lejana contra pueblos salvajes, feroces, indomables; habia muchas probabilidades de que no volviese.

Pompeyo tenia cuarenta y ocho años, una mujer jóven y un estómago delicado. Empezaba á enemistarse con Clodio, el cual lo insultaba públicamente.

El tribuno se habia apoderado de la hermosa casa de Ciceron, cuya compra le habia echado en cara en

(1) El traductor, que ya antes ha echado un velo sobre ciertos pasajes, ha creído deber suprimir aquí los versos citados por Alejandro Dumas, lo mismo que algunos párrafos saltados de los que les siguen.

el Senado y por la cual habia pagado el gran orador tres millones y medio de sestereios. A él no le costó nada; el trabajo únicamente de posesionarse de ella.

—Elevaré un hermoso pórtico en las Carenas, decia Clodio, para que haga juego con mi pórtico del monte Palatino.

Su pórtico del monte Palatino era la casa que habia sido de Ciceron, y el de las Carenas la que habitaba Pompeyo.

Clodio tenia treinta años, una reputacion execrable y un genio inferior al de Catilina. Debia ser anonadado por Pompeyo, ó anonadar á este por un golpe de suerte. Si sucedia lo primero, Pompeyo perdía con tal victoria la popularidad que le quedaba; si en vez de eso acontecia lo segundo, Clodio no era un enemigo que causase mucho temor á César.

Sin embargo, el futuro dictador comprendia que ya era tiempo de que acometiese alguna empresa grande que lo realizase á los ojos de todos. No podia desconocer que hasta entonces,—y que tenia mas de cuarenta años,—solo habia sido un demagogo asaz vulgar, inferior en audacia á Catilina y en gloria militar á Pompeyo y hasta á Lúculo.

Su gran superioridad habia sido saber tener, á la edad de treinta años, cincuenta millones de deudas;

pero una vez pagadas estas, su superioridad habia desaparecido.

Preciso es confesar que merecia de tal modo cuanto se le decia, que ni siquiera pensaba en molestar-se por ello.

Bibulo, durante todo su consulado, no lo habia designado en sus edictos sino con el nombre de *la Reina de Bitinia*.

Cayo Memmio le habia echado en cara haber servido á Nicomedes á la mesa y haberle presentado la copa confundido entre sus esclavos y eunucos.

Ciceron, en pleno Senado, un dia que César defendia la causa de Nisa, hija de Nicomedes, y recordaba las obligaciones que debia á aquel príncipe, le habia dicho:

—Deja á un lado tus obligaciones; harto sabemos lo que Nicomedes te debió y lo que tú le debiste.

La lista de sus queridas era inmensa. En el momento de partir para la Galia le atribuian Postumia, mujer de Servio Sulpicio, Lolia, mujer de Aulo Gabino, Tertulia, mujer de Craso, y Servilia, hermana de Caton.

Se recordará que habia regalado á esta última, una perla valuada en mas de doscientos mil pesos. Como se le contase el caso á Ciceron:

—Bah! dijo, el regalo fué hecho á medias á Servilia y á su hija Tercia.

Mas tarde lo veremos amante de Eunoe, hermosa reina morisca, y de Cleopatra, encantadora ninfa griega trasplantada al suelo de Egipto.

En fin, Curion el padre resumia todo lo que de César se decia sobre el particular, en las siguientes palabras:

—Obsequia á todas las mujeres y es obsequiado de todos los maridos.

“Helvio Cinna, tribuno del pueblo, dice Suetonio, confesó varias veces haber tenido preparada una ley, que debia publicar en ausencia de César y por su orden, y la cual le permitia tomar cuantas esposas quisiera, á fin de tener herederos.”

Eso sin duda ha contribuido á que Mr. de Champaign se haya atrevido á decir, en su hermoso trabajo sobre el mundo romano, que Julio César era mucho mas completo que Jesucristo, pues este no tenia mas que todas las virtudes, mientras que aquel tenia ademas todos los vicios.

Ahora, dejémosle partir para las Galias; dejémosle plegar sus inmensas tiendas de campaña, del tamaño de palacios, y cargar sus literas, que son verdaderas habitaciones; dejémosle llevar sus tapices de púrpura y sus cielos rasos de marquetería. Descuidad; en caso de necesidad marchará á pié al frente de sus legiones, presentando su cabeza desnuda al

sol y á la lluvia. Hará treinta leguas diarias á caballo ó en carreta. Si se le ofrece al paso un rio, lo atravesará á nado ó sobre odres. Si las nieves lo detienen, las empujará con su escudo mientras sus soldados se abrirán paso con picos y azadones, y hasta con sus propias espadas. Jamas empeñará su ejército en un camino que él mismo no haya explorado. Cuando haga pasar sus legiones á Inglaterra, porque ha oido decir que en sus costas se pescan perlas mas hermosas que en los mares de la India, ya él mismo habrá verificado aquel trayecto y visitado personalmente los puertos que pueden dar seguro abrigo á la flota. Un dia sabrá que su ejército, del cual se ha separado para seguir una aventura amorosa, se halla sitiado en su campamento; entonces se disfrazará con trage galo y atravesará por medio de los enemigos. Otra vez, como no lleguen los auxilios que espera, se meterá solo en un bote é irá á buscarlos él mismo. Ningun presagio detendrá su marcha; ningun augurio cambiará sus designios.

La víctima se escapará de manos de los sacrificadores, pero no por eso dejará de marchar contra Escipion y Yuba. Caerá al saltar del buque sobre la costa africana y exclamará: "Ya te tengo, Africa." Jamas tendrá un proyecto determinado; el acaso le dirá lo que debe hacer. Su genio improvisará el plan que debe seguir. Combatirá sin una idea fija. Ata-

cará despues de una marcha; no reparará si el tiempo está bueno ó malo; cuidará únicamente de que la nieve ó la lluvia dé en la cara al enemigo. Jamas derrotará á este sin que se apodere de su campamento. Una vez que le haya hecho volver la espalda, no le dará nunca tiempo para reponerse de su terror. En los momentos críticos abandonará todos los caballos, hasta el suyo propio, á fin de poner á sus soldados en la necesidad de vencer, quitándoles la esperanza de la fuga. Cuando sus tropas cedan, él solo volverá á ordenarlas, deteniendo á los fugitivos con sus propias manos, y obligándolos, por mas aterrados que estén, á volver la cara al enemigo. Un porta-estandarte, á quien detendrá de ese modo, le presentará la punta de su javalina, la cual rechazará con el pecho. Otro le abandonará el estandarte y con él en la mano marchará sobre el enemigo. Despues de la batalla de Farsalia, habiendo hecho tomar la delantera á sus tropas, atravesará el Helesponto en un pequeño buque de transporte; encontrará á Lucio Casio con diez galeras y hará prisioneras á las diez galeras y á Lucio Casio. En fin, en el ataque de un puente en Alejandría, se verá obligado á arrojar al mar, y nadará un espacio de doscientos pasos, esto es, hasta el buque mas próximo, llevando levantada la mano izquierda para no mojar los papeles que tiene en ella, sujetando al propio tiem-

po con los dientes su cota de malla, á fin de no dejar aquel trofeo al enemigo.

Héle, pues, en marcha para perderse en ese bárbaro y belicoso caos que se llama la Galia y que tan en consonancia está con su genio.

Veamos lo que harán durante su ausencia Ciceron, desterrado, Pompeyo, despopularizado, y Clodio, rey momentáneo del populacho.

II

Ya hemos dicho cómo habia partido Ciceron.

Muchos presagios,—sin duda se recordará la influencia que estos tenian sobre los romanos, los cuales en todas las cosas veian alguno,—habian indicado que el destierro no seria largo.

Cuando se embarcó en Brindis para Dirrachium, el viento, que al principio habia sido favorable, cambió, y lo tornó al dia siguiente al punto de donde habia partido.—Primer presagio.

Volvió á hacerse á la mar, y entonces el viento lo llevó al punto de su destino; pero en el momento que ponía el pié en la orilla, el suelo tembló y la mar se retiró ante él.—Segundo presagio.

Sin embargo, cayó en un profundo abatimiento. El, que decia sin cesar, cuando lo llamaban orador: